

La fille du régiment en Bellas Artes

Empezaré diciendo que no tenía intenciones de asistir a esta función, ya que me habían comentado que se presentarían cantantes muy novatos. Sin embargo, me mordió el gusano de la ópera y decidí hacer el viaje al Palacio de Bellas Artes, que se encuentra en el centro de esta “ciudad sin esperanza”.

Durante la obertura pensé que había cometido una de las peores decisiones de mi vida cuando el rubio “maestro concertador”, **Enrique Patrón de Rueda**, inició lo que sería una serie de brinquetes muy monos durante las dos horas y media que duró la función. Es verdad que la orquestación de esta *opéra comique* de Donizetti no es especialmente densa, aunque a decir verdad Patrón de Rueda logró que se oyera más ligera que un omelette de claras. El director de escena, **César Piña**, también logró echarnos a perder “la sorpresa” del final, al hacer que una mujer embozada escondiera una cuna con un bebé entre los soldados del regimiento francés que se encontraba esparcido en el escenario, como si hubiera sido masacrado por los tiroleses. ¿Por qué algunos directores de escena piensan que el público se aburre durante las oberturas?, o bien ¿ya sabía Piña de lo que es capaz Patrón de Rueda y quiso distraernos para que no prestáramos atención a la obertura? Por cierto, la dirección escénica del señor Piña no pasó de lo que pudo haber hecho un agente de tránsito.

Pero sucedió lo inesperado. Una joven soprano, **Rebeca Olvera**, encarnó a Marie con una voz de timbre hermoso, buena entonación y volumen, aunque es obvio que tiene mucho por delante en cuanto a adquirir buena técnica se refiere. También tiene facilidad en cuanto a su actuación, así como buena presencia en el escenario. Si es cierto que Albert Einstein dijo alguna vez que lo que hacía un buen científico era 10% de talento y 90% de trabajo, yo aplicaría esta receta a los cantantes de ópera. En el caso de Rebeca, el talento está ahí. Ojalá que las instituciones públicas y privadas interesadas en el desarrollo de artistas se fijen en esta joven, pues creo que tiene un potencial inmenso.

Otra agradable sorpresa nos la ofreció el joven tenor **Javier Camarena** quien como Tonio nos ofreció dentro del contexto adecuado —es decir, dentro de la obra completa— la famosa “Ah! Mes amis, quel jour de fête!”, entregándonos los ocho do’s agudos escritos por Donizetti, más el adicional al final del aria, con una gran belleza y recibiendo un muy merecido aplauso del público, que desafortunadamente no llenó el Palacio de Bellas Artes.

De los jóvenes que debutaban con esta producción, el que menos impacto hizo en mí fue el barítono **Josué Cerón**, aunque su Sulpice fue más que adecuado.

Se presentó la versión *comique* de la ópera, aunque reduciendo el diálogo a su mínima expresión, ayudando la comprensión de la simple trama con algunos supertítulos adicionales. Supongo que esta circunstancia fue causada por la total incompetencia de los personajes secundarios, especialmente la Marquise de Berkenfield que interpretó **Mayte Cervantes**.



Marie (Rebeca Olvera) declara su amor por Tonio (Javier Camarena)

La gran mosca en la sopa fue la actuación del Coro de la Ópera de Bellas Artes, que logró llegar a límites de calidad ínfima insospechados por mí. Me llamó la atención la presencia en la sección femenina de personas que creo secretaron sus últimos estrógenos hace varios decenios. Me extraña que no se puedan retirar personas cuya voz dejó de ser adecuada. No es que esté en contra de los viejitos cuando yo ya casi lo soy (jamás me consideraré persona “especial” como se ha dado a llamar a los viejos). Si soy especial es por cualquier cosa, menos por la edad.

Durante los aplausos finales, Marie y Tonio recibieron merecidas ovaciones, pero nuestro “director concertador” aprovechó la oportunidad para hacerse notar enviando besos y haciendo caravanas a una señora que ocupaba un lugar en la primera fila. ¿Sería porque dicha señora es una de sus pocas fanáticas?, o bien ¿fue una forma de vergonzada de prepararse para solicitar favores futuros?

por Luis Gutiérrez Ruvalcaba

Ya me habían dicho que como no les quedaba “ni un quinto partido por la mitad”, la penosa puesta de *Tosca* presentada a principios de septiembre era la última ópera que veríamos este año en Bellas Artes, así que cuando me enteré que **Raúl Falcó** se había sacado de la manga un numerito más para cerrar el año, temí que sería una porquería peor que *Aída*. “¡Y tan bien que habían empezado con *Elixir...!*”, fue lo primero que pensé.

El título anunciado era *La fille du régiment* (*La hija del regimiento*, 1840), ópera cómica de Donizetti (1797-1848) que aunque se estrenó en México en 1852, todavía no había sido escenificada en el Palacio de Bellas Artes, y cuando me enteré que Falcó confiaría a chamaquitos inexpertos tres de los roles protagónicos, desconfié de los factibles resultados y me preparé para padecer otro resbalón que bien podríamos recordar como *La hija del detrimento*. Sabiendo lo atropelladas que suelen ser las *premières*, “les di chance” y esperé hasta el jueves 25 de noviembre para presenciar la segunda de las tres funciones programadas.

Las primeras notas de la obertura sonaron terriblemente desafinadas y nunca antes había escuchado más ramplonamente descuidadas a las cuerdas de la orquesta del Teatro de Bellas Artes, lo cual parecía dar la razón a mis sospechas. Afortunadamente, salvo por la zafia batuta de **Enrique Patrón de Rueda**, todo lo demás deja un muy grato sabor de boca.

La dirección de escena y escenografía son de **César Piña**, que con este trabajo anota un acierto más en su vertiginosa y ascendente carrera. Sí, es cierto que la escenografía no podía ser más pobre, pero *había*: no era una rampita en medio de la nada y, felizmente, no padecemos proyección alguna. Recicló lo que encontró y logró una ambientación *pseudo-comic-hockneyana*, muy *almodovariana* en su gama cromática, que cumple con su cometido.

Y si para “vestir” el espacio hizo magia ayudado del eficiente oficio de **Elena Marsans** para la iluminación, de donde realmente sacó agua de las piedras fue del coro. Es cierto que por



momentos se veían un poco amontonados, pero hay que aplaudir que hasta los hizo moverse en escena, acción a la que sabemos son poco proclives (o nomás no se les da). Ya sobre la entusiasta y decorosa manera como sonaron, el mérito es del maestro **Alfredo Domínguez**.

Así como celebro la manera con que Piña “ilustró” la obertura, objeto la mezcolanza entre francés y español en los diálogos y que hubo momentos en que, de mantenerse al filo de la navaja en su tono farsico, incurriera en la rusticidad del pastelazo, como al inicio del segundo acto, en que más que ante Marie y la Marquesa, parecía que estábamos ante Vitola y Amparito Arozamena.

Hablando de los personajes, es de señalar el gozoso matiz dado a roles que suelen ser de relleno, como Hortensius y Caffarello, interpretados con soltura por

Manuel Betancourt y el pianista **Ángel Rodríguez**, respectivamente. Tanto vocal como estilísticamente, **Mayte Cervantes** brindó una afectada Marquesa, no así **Josué Cerón**, quien con su correcto Sulpice ha dejado de ser uno de los chamaquitos inexpertos cuya “falta de nombre” se reflejó en la taquilla.

Qué pena por quienes no fueron, ya que esta ópera nos ha permitido atestiguar dos debuts que, estoy seguro, serán recordados por mucho tiempo y a cuyo éxito contribuyó de manera decisiva el profesionalísimo coucheo de **Teresa Rodríguez**: el de **Javier Camarena**, ágil tenor que, salvo lo tieso que todavía está en escena, no tiene mayores problemas con los tremendos agudos que Tonio exige, y el de la soprano **Rebeca Olivera** (Marie), quien todavía tendrá cositas que pulir, pero créanme que, desde **Ernestina Garfias**, este país no había vuelto a tener una soprano ligera que, más allá de poseer unas coloraturas admirables, llenara el escenario con tan tremendo angelote.

No hago votos porque estas promesas florezcan. Son realidades. Los hago por que mantengan la disciplina y no pierdan el piso a causa de un divismo inútil.

por **Lázaro Azar**

Escena final de *La fille du régiment*





El coro de Bellas Artes interpreta al pueblo tirolés

La Compañía Nacional de Ópera ofreció tres funciones de *La fille du régiment* de Gaetano Donizetti, el 21, 25 y 28 de noviembre, en el Teatro del Palacio de Bellas Artes, como añadido de última hora a su temporada 2004, que los operófilos creyeron concluida con la *Tosca* de septiembre pasado.

El interés de esta puesta en escena, amén de que se trató de un estreno en Bellas Artes, surgió a partir de que se anunciara que los roles principales de esta obra serían interpretados por los jóvenes triunfadores de la XXII edición del Concurso Nacional de Canto Carlo Morelli.

Esta noticia fue tanto positiva, cuanto negativamente recibida en el ambiente operístico. Por un lado, hay quienes no vieron con muy buenos ojos la apertura de nuestro máximo escenario artístico a cantantes noveles: “elenco de conservatorio”, argumentaron algunos, cuando hay una gran cantidad de artistas líricos que tienen años haciendo fila, ya no digamos por un protagónico, sino incluso por un papel comprimario y simplemente no han tenido la oportunidad. Si se considera esa perspectiva, puede que tengan razón.

Sin embargo, también resulta insoslayable la necesidad de apoyar a los nuevos valores artísticos de nuestro país que requieren la oportunidad y los foros adecuados para demostrar sus respectivos talentos ante el público, lo cual nos llevará, seguramente, a un desarrollo cultural del que todos podamos sentirnos satisfechos. En otras palabras, brindar la alternativa a jóvenes capaces, como en esta ocasión, no equivale, como posible explicación, a cerrar las puertas a los cantantes que llevan más tiempo intentando despegar su carrera profesional. En todo caso, el verdadero problema es la falta de espacios y de funciones —de actividad operística, pues— que logren acoger todo el potencial lírico que se genera en México. Ése es el enemigo a vencer.

Para estas funciones, se contó en el rol de Marie con la soprano **Rebeca Olvera**, quien mostró un desenvolvimiento escénico destacable, además de una voz ágil, con brillo, quizá no muy grande, pero que corre bien por el teatro. En nuestra perspectiva sólo requiere cuidar más la entonación, sobre todo cuando retorna al registro medio, y emparejar más los agudos con el resto de su proyección vocal, para no dar, en ocasiones, la impresión de que se desarticulan de su canto. Ciertamente, este aspecto se mejoró en la última función, respecto de la primera.

Como su enamorado, Tonio, el tenor **Javier Camarena** lució gracias a un canto sólido, de agudos completamente

aprehendidos y de emisión redonda y cálida. Otro cantante mexicano que ya se vislumbra podrá inscribirse en el panorama tenoril internacional, si continúa depurando su técnica y se empeña aún más en dar mejor acabado a su dicción y fraseo.

El barítono **Josué Cerón** fue un convincente Sulpice, con intervención mesurada y confiable en su voz. Lo apreciamos con un dominio del panorama escénico más desarrollado que el de sus compañeros y eso se tradujo en exactitud vocal e histriónica: no mostró exageraciones ni carencias. La mezzosoprano **Mayté Cervantes** aportó la experiencia al elenco, por su interpretación de la Marquesa, mientras que **Manuel Betancourt** hizo lo propio con Hortensius y **José Ángel Rodríguez** con Caffariello. Los tres mostraron su grajeo en buenos términos.

Al frente de la Orquesta y el Coro del Teatro de Bellas Artes, **Enrique Patrón de Rueda** brindó una dirección concertadora chispeante y eficaz, con el agregado de dar confianza y saber llevar por buen camino a los jóvenes debutantes, gracias a su batuta experimentada y conocedora de las voces, aun cuando les permitió a éstas algunos lucimientos extra en los agudos. ¿Será que, como dicen: cuando hay con qué, por qué no?

La iluminación fue autoría de **Elena Marsans**, mientras que la dirección de escena y escenografía recayó en **César Piña**. La puesta fue, en general, bastante buena, con dinámicas de interés escénico que permitieron un adecuado desarrollo de la trama y toques graciosos como los invitados, auténtica pléyade de personajes pertenecientes a la literatura operística, a la boda, en el segundo acto. Sólo podríamos reprochar un tanto la inclusión de dos o tres recursos de humor fácil, gastado, pastelerero, que no necesariamente es la única forma de provocar hilaridad en el público, y la ¿insustituible? choteada pantalla al fondo del escenario, sobre la que se proyectan colores, que al parecer nunca falta en las óperas completas, ni en los conciertos líricos en Bellas Artes.

En resumen, si, como algunos maloras cotilleaban: “esta ópera se puso porque a los directivos les sobraron tres pesos y no sabían qué hacer con ellos”, se demostró que con esos nimios recursos se pueden lograr cosas admirables. Esperemos que este tipo de meritorios montajes con lanzamientos de gente joven sean *además de...* y no *en lugar de...* ◉

por **José Noé Mercado**



El jefe del regimiento, Sulpice (Josué Cerón), hace su aparición